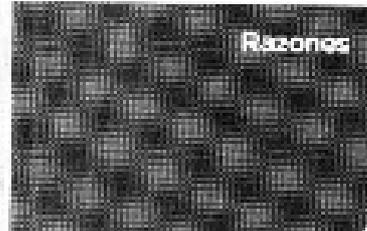




**JORGE
FERNÁNDEZ
MENÉNDEZ**



www.nuevoojalcalá.com | www.jfernandez.com

www.mexicoconfidencial.com

La crisis y el pesimismo social

Los números de la más reciente encuesta de GEA-ISA parecen contundentes: para la gente, los mayores problemas actuales son la inseguridad y la economía.

Ya no hubo, no los habrá por lo menos hasta después del informe del primero de septiembre, cambios en el gabinete. Quizá llegados ya a estas fechas, ello sea lógico, pero lo cierto es que se ha perdido mucho tiempo y eso ha tenido relación directa con la caída de las expectativas y en el desánimo que permea en forma creciente a la sociedad.

Los números de la más reciente encuesta de GEA-ISA parecen contundentes: para la gente, los mayores problemas actuales son la inseguridad y la economía, muy por encima de cualquier otro punto: 55% de las personas consideran que la situación económica del país es mala, contra 8% que la considera buena; 43% afirma que este año es peor que el anterior y la confianza en todos los ámbitos ha caído. Es verdad que el reconocimiento del Presidente como mandatario y como persona se ha mantenido en niveles relativamente altos, aunque con un descenso de casi diez puntos en un año, pero el de su capacidad para gobernar es de 48%, mucho menor que los anteriores. Y en los últimos meses, cuando se analizan temas como el combate a la pobreza, las políticas de empleo, los asuntos económicos en general, los índices de aprobación disminuyen a la mitad.

En lo único en que existe una mejora en la opinión, por el esfuerzo que se realiza, es, pese a la preocu-

pación de la gente al respecto, en el ámbito de la seguridad. Un tema de percepciones: mientras existe un porcentaje alto de opiniones que sostienen que el gobierno está teniendo éxito en el objetivo de brindar más seguridad, en otra encuesta, divulgada también esta semana por el ICESI, la gran mayoría de las personas percibe que la seguridad se ha deteriorado. En otras palabras: en economía, la gente considera que las cosas están mal y no se ha hecho lo suficiente, mientras que, en seguridad, también consideran que estamos mal, sin embargo, se reconoce el esfuerzo. No es suficiente.

La caída de la percepción y el deterioro del ánimo social han llevado al gobierno y a algunas empresas privadas a tratar de rescatar el optimismo. No será una tarea sencilla, la gente no está creyendo en las autoridades y los evidentes excesos en los que han caído los partidos y el Congreso, entre otros, tampoco ayudan a que exista mayor credibilidad en éstos, cuando están en su nivel más bajo

de aceptación. Por eso mismo, hubiera sido importante que, pasadas las elecciones del 5 de julio, cuando la percepción generalizada era que el gobierno federal había perdido

espacios muy importantes de poder y comenzaba a sentirse una suerte de vacío en el mismo, que se hubieran tomado medidas claras, específicas y con cambios políticos que permitieran recuperar la confianza en el rumbo del país y en el gobierno.

Probablemente no se hizo así porque se consideró que, si los principales problemas eran económicos y era allí donde existía la peor percepción sobre el desempeño gubernamental, anunciar cambios o políticas cuando seguirían llegando malas noticias, no tendría sentido, deslegitimaría las políticas y a los personajes responsables de aplicarlas. Ahora, en septiembre, cuando la mayor parte de los grandes países industrializados han anunciado que los peores momentos de la recesión han transcurrido y comienza una cierta recuperación, tendremos un margen mayor en nues-



Fecha 28.08.2009	Sección Primera-Nacional	Página 6
----------------------------	------------------------------------	--------------------

tra economía, con el fin de sacar adelante algunas cosas y mostrar mejores números.

El problema es que el retraso en anunciar y tomar medidas, tanto como la impresión generalizada de que el programa contracíclico anunciado por el gobierno no ha funcionado, sobre todo en el ámbito de la infraestructura, ha producido una desmoralización manifiesta de la gente. En días previos, analizando lo que había pasado en Estados Uni-

dos con la crisis y en el contexto de la ratificación de **Ben Bernanke** en la Reserva Federal de ese país, se dijo, con verdad, que la crisis tenía, por supuesto, origen en problemas estructurales, pero lo que la había catalizado y llevado a profundidades inéditas fue la desconfianza de la gente, sobre todo después de la caída de Lehman Brothers. Nuestra situación es similar: en estos días, todas las autoridades económicas han dicho que lo peor de la crisis ya ha pasado, y probablemente es verdad, si se ve la coyuntura económica de nuestros principales socios comerciales, pero el problema es que nadie lo cree, y si la gente no cree que pue-

de y debe consumir, que las cosas mejorarán, si como muestra la encuesta de GEA, la mayoría considera que 2010 será peor que este año, las expectativas se convertirán en realidad y la recuperación se retrasará aún más.

Por eso no se puede seguir apostando a esperar condiciones idóneas para dar a conocer cambios y nuevas medidas que redireccionen el esfuerzo gubernamental. Es verdad que muchas cosas no dependen directamente del gobierno federal, pero muchas otras sí. El gobierno puede mostrar un perfil ambicioso o posibilista, como se ha dicho en estos días, pero debe mostrar, cualquiera que sea la decisión, un perfil más definido. Si como manifestó en estos días el presidente **Calderón**, junto a **Carlos Slim**, que se requiere mucho mayor inversión privada en infraestructura y otros ámbitos, se deben lanzar programas muy ambiciosos en ese sentido. Si existen, hoy no se ven. Si como también dijo el Presidente en estos días, el programa de infraestructura tiene un avance de más de 50%, pues hay que mostrarlo, porque hoy la gente no lo

percibe así. Si todo se concentra en reafirmaciones respecto a lo realizado en estos tres años o a lo que se debería hacer, tampoco habrá avances: la gente no parece querer saber qué se hizo sino qué se va a hacer.

Ahí está el desafío. Y no hay muchas otras oportunidades para relanzar expectativas y revertir el pesimismo social. Si no se aprovecha este primero de septiembre, la agenda política no le dará al gobierno muchas otras ocasiones para hacerlo.

No se le cree a las autoridades y, los evidentes excesos en los que han caído los partidos y el Congreso, entre otros, tampoco ayudan a que exista mayor credibilidad.